(Núm. 20.)

SAINETE NUEVO

TITULADO

EL BORRACHO.

MADRID.
Despacho: calle de Juanelo, núm. 19.

PERSONAS.

Juan. } *Cónyuges.*
Elvira. }

Arturo. *Maestro de canto.*

El teatro representa una sala medianamente amueblada, pero en desórden.

Sale Juan bamboleándose.

Yo no sé por qué razon
todo se viste de gala:
yo no sé porqué esta sala
baila siempre rigodon.
Soy hombre muy precavido;
al entrar cerré la puerta,
y sin que metiera ruido
ahora la veo abierta.
Pero, ¡Jesús, qué calor
se siente en este aposento!
Dentro de mí mismo siento
un volcan abrasador.
¿Qué será, qué no será
esto que me ha puesto así?
¿Qué tengo dentro de mí?
vamos, sala, para ya...
¿No te paras? pues, ¡por Dios!
que de mí te has de acordar;
para obligarte á parar,
de un garrote voy en pos.

Coge un garrote y da de golpes á los muebles y las paredes, hasta que, perdiendo el equilibrio, cae.

Señores, soy un valiente...
soy un jóven de provecho;
tan solo en una hora he hecho
enmudecer á la gente.
Venid á mí, valentones,
los que teneis corazon,
pues la fuerza y el pulmon
son mis únicos blasones.
Pero yo estoy fatigado;
quiero un rato descansar,
para poder recobrar
las fuerzas que hoy he gastado.
Pero, ¿por qué el mundo entero
está bailando el fandango?
Yo tambien bailaré un tango
con mucho aquel y salero.

Se levanta, toma una guitarra y canta.

Es la mejor virtud
el vino puro:
conserva la salud,
esto es seguro.
Licor divino:
dadme siempre, señor,
añejo vino.
Ha dicho Salomon,
que no os asombre,
que alegra el corazon
el vino al hombre.
Mi único amor
es beber dia y noche
puro licor.
Si se muere mi mujer,
venga vino:
es mi sino
constantemente beber.
Claro está
que quien buen vino bebe
no morirá.

Sale Elvira con una taza llena de agua caliente.

Elv.—¿Qué tienes, querido esposo?
Juan.—Yo, nada, esposa querida.
Elv.—Toma, pues, esta bebida.
Juan.—¿Y qué es?
Elv.—Vino generoso.
Juan.—Venga, pues, querida mia.
A tu salud, prenda amada. *Bebe.*
Elv.—¡Soy en todo desgraciada!...
¡Valedme, Vírgen María!
Juan.—Es muy dulce este licor;
sin duda te cuesta caro;

pero tiene un guste raro...
lo bebo mucho mejor.
Elv.—¿No quieres, dime, acostar?
Juan.—No quiero echarme en la cama.
Elv.—Aguárdate á ver quién llama.
Juan.—Mándale al que sea entrar.

Abre Elvira y sale Arturo.

Juan.—Buenas noches, don Arturo.
Elv.—Pero, Juanito, es de dia.
Juan.—Tú te engañas, vida mia,
pues todo lo veo oscuro.
Ten presente, cara Elvira,
lo que te voy á decir:
la noche es para dormir.
Elv.—Empieza el pobre...
Art.—Delira.
Juan.—Dios da el pan para comer,
el oro para gastar,
la mujer para adorar
y el vino para beber.
Esposa, yo tengo sueño.
Elv.—A dormir, esposo mio.
Juan.—Don Arturo, yo confio
que vendreis...
Elv.—Vamos, mi dueño.
Juan.—Esta noche cenaremos
los tres en grata armonia,
ya vereis con qué alegría
la velada pasaremos.
Art.—Que una jóven como Elvira
tenga que vivir así!...
¡Y que no me crea á mí!...
¡Ay! ¡ni su bienestar mira!
Mas mi corazon suspira
por su sin par hermosura,
y bendigo la ventura
que me hace su profesor,
pues alimento mi amor
sin dolor, sin amargura.
Yo, que por esta mujer
toda mi sangre daría;
yo, que siento el alma mia
en un voraz fuego arder;
yo, que para poseer
su tan noble corazon
he fingido una pasion
que se ha vuelto verdadera,
veo que es una quimera,
el lograr su estimacion...
Si con Juan yo me comparo,
ya física ó moralmente,
se me ocurre de repente
que soy hombre más preclaro:
que soy más hermoso, es claro;
que le supero en talento;
y hablando sin fingimiento,
creo que puedo esperar
que Elvira llegue á calmar
mi constante sufrimiento.

Sale Elvira.

Art.—Bella Elvira, ¿ya está en cama
vuestro esposo?
Elv.—Sí, señor.
Art.—(¿Por qué le causa rubor?
sin duda porque me ama.)
Empecemos la leccion,
si vos quereis, bella Elvira.
¡Ay mi corazon suspira
y descubre mi pasion!
Elv.—Yo dar leccion no queria,
duplicaremos mañana.
Art.—Si lo haceis de mala gana...
como gusteis, dueña mia.
Elv.—Arturo, estais muy galante.
Art.—Es mi cariño vehemente.
Elv.—Sois cortés y sois valiente.
Art.—Soy jóven y soy amante.
Elv.—Cantad alguna cancion.
Art.—Complaceros es mi gusto;
lo que me pedís es justo,
cantaré, pues, mi «pasion.»

Arturo toma la guitarra y canta.

Por una flor
hermosa y pura
yo siento amor:
mi corazon

con gran ternura
busca á sus penas
consolacion.
Por una flor
yo siento amor.
Elv.—Sin duda creeis, Arturo,
que con vuestro amor hablais.
Art.—Pues bien, no os equivocais.
(Está el horizonte oscuro.)
(Yo no sé lo que le diga.)
Elv.—Habladme claro, por Dios:
ya sabeis, para los dos
soy y seré vuestra amiga.
Me hablais de vuestra pasion,
con tan notable energía
que cualquiera creería...
Art.—Proseguiré mi cancion.
Una jóven hechicera
me enamoró.
La calma mi pecho espera
que me robó.
Decid por Dios
que amantes serán siempre
Arturo y vos.
Mi pecho, hermora, suspira
por tu beldad:
Pues eres, querida Elvira,
mi libertad.
Te ví y te amé;
mientras dure mi vida
tuyo seré.
Elv.—¡Bravo, Arturo, os explicais!
es vuestra voz envidiable.
Art.—Sois, Elvira, muy amable.
Elv.—¡Con qué vehemencia cantais!
Si sentís lo que decís...
Art.—Siempre digo lo que siento,
no consiento el fingimiento.
¿Pero, por qué os sonreís?
Elv.—Porque hablais con tal pasion,
demostrais tal energía...
Art.—Porque digo, reina mia,
lo que siente el corazon.
Elv.—¿La dueña de vuestro amor,
es bella?
Art.—Angelical.
Elv.—¿Es rica?
Art.—No es su caudal
lo que tengo en más valor.
Elv.—¿Ella os quiere?
Art.—No lo sé.
Elv.—¿Conoce vuestra pasion?
Art.—No vé que mi corazon
por ella me arrancaré.
Elv.—¿Hay algun impedimento
que se oponga al himeneo?
Pues será vuestro deseo
obtenerla en casamiento.
¿No me habeis, Arturo, oido?
¿por qué no me contestais?
Art.—Elvira, me atormentais:
se halla por medio un marido.
Elv.—¡Con una mujer casada!
¡Jamás creyera eso en vos!
Art.—Callad, Elvira, por Dios,
tengo mi alma lacerada.
Y ¿qué culpa tengo yo
si casada ya la hallé?
A la mujer adoré,
pero á la casada no.
Su beldad, su corazon,
adoré con su talento,
y me quitó mi contento
una vehemente pasion.
Ella es la más hechicera
que en mi vida conocí.
Elv.—¿Quereis complacerme á mí?
Pues tocadme una habanera.

Canta Arturo y Elvira baila.

Es muy cruel tormento
una ardiente pasion,
que nos quita el contento
y daña el corazon.
No sé qué pasa por mí;
no veo ya el placer,
con ciego frenesí
adoro á una mujer.
Elv.—Déjeme usted descansar,
la polka quiero bailar.

Arturo canta una polka y baila Elvira.

Ven á mis brazos, ven,
dulce embeleso
nos pondrá en el edem
ardiente un beso.
Beso de amor,
sublime don divino
que da calor.

Sale Juan con gorro de dormir.

Juan.—¡Así me gusta, pardiez!
¡que viva la diversion!
Tocareis un rigodon
que bailar quiero á mi vez.
Elv.—Será un wals mucho mejor.
Juan.—Como quieras, vida mia.
El wals nos causa alegría.
Elv.—El wals engendra el amor.
Juan.—¿Hay cosa como estrechar
un talle como es el tuyo?
Elv.—Esposo, ya no te arguyo.
Arturo, podeis tocar.

Arturo toca la guitarra y canta un Wals.

Un wals frenético,
tierno y simpático,
con ardiente ímpetu
podeis bailar.
Hermosas sílfides,
venid impávidas
que amante tímido
os quiere amar.
Jóvenes sínceras,
la vida plácida
en tratos íntimos
debeis pasar.
Amor tiernísimo,
puro y angélico,
hermosas jóvenes
podeis gozar.
Juan.—Basta, esposa, de bailar;
y despues que descansemos,
¿sabes lo que hacer debemos?
lo mejor será cenar.
Vete luego á la cocina.
Elv.—Ya sabes que pronta estoy,
á arreglar la mesa voy.
Juan.—Ve, pues, Elvira divina.

Váse Elvira.

Juan.—Arturo, vos que sabeis
más que no el sábio Seneca,
la gran ciudad de la Meka
¿dó se encuentra me direis?
Art.—Vamos, Juan, estais de broma.
Juan.—Es que me quiero instruir.
Art.—Pues os lo voy á decir.
Está muy cerca de Roma.
Juan.—¿Y el sepulcro de Mahoma
está como el gran Quevedo
sin subir ni estarse quedo?
Art.—Es verdad, querido Juan,
pues lo sostiene el iman.
Juan.—Lograria así embaucar
á miles los ignorantes...
Art.—Como eran todos farsantes,
á todos pudo engañar.

Sale Elvira y arregla la mesa.

Juan.—¿Y cuánto el sepulcro pesa?
Art.—De arrobas treinta millones.
Juan.—Bien podrian las naciones...
Elv.—Está ya puesta la mesa.

Siéntanse á la mesa, y levantándose Arturo con la botella en la mano, brinda.

Art.—Yo brindo por la hermosura,
por un rostro encantador,
brindo por el tierno amor
que embellece á la natura.
Elv.—Yo brindo por la amistad,
por la salud de mi esposo,
porque tierno y amoroso
viva larga ancianidad.
Juan.—Brindo por el noble Arturo,

brido por mi amada esposa,
que es la mujer más hermosa:
brindo por el vino puro.

Se levantan de la mesa y Juan se bambolea.

Juan.—Muy buenas noches, señores...
Lo que yo tengo no sé.
Elv.—Juan, yo te acompañaré...
Juan.—Ven, reina de mis amores.

Vánse.

Art.—Por fin hoy voy á lograr
un calmante á mi pasion;
alégrate corazon,
que al cielo puedes entrar.
Hoy mi ardiente frenesí
veré bañado en placer:
¡bendita seas, mujer,
si me das el dulce *sí!*
Elvira me ama, es seguro,
dudar no lo puedo ya...
su corazon me dará.

Sale Elvira.

Elv.—Estais pensativo, Arturo.
Art.—Elvira, ya llegó el dia
de abrirte mi corazon;
tú encendiste mi pasion,
me robaste mi alegría.
Desde que te ví te amé
con intenso frenesí:
ten, pues, compasion de mí.
Elv.—Don Arturo, ¿qué escuché?
Art.—Elvira, si tú quisieras...
¡cuán feliz podrías ser!
en un contínuo placer
la juventud pasar vieras.
Soy rico, gracias á Dios,
y del mundo separados,
podremos enamorados
la vida pasar los dos.
Elv.—¡Que yo le falte á mi esposo!
Arturo, ¿no conoceis
que es un crímen horroroso
este que me proponeis?
Art.—El hombre que se embrutece
como hace vuestro marido,
no tan solo lo que os pido,
aun mucho más se merece.
Elv.—Don Arturo, si he escuchado
vuestras locas pretensiones,
ha sido porque he tomado
á broma vuestras razones.
Ya no puede entre los dos
haber amistad siquiera,
si entre él y vos eligiera,
no os elegiria á vos.
Si mi esposo alguna vez
algo se llega á alegrar,
nadie le puede ganar
en lo tocante á hoaradez.
Es un defecto el beber,
él lo conoce el primero,
mas, decidme, ¿es caballero
engañar á una mujer?
Idos, por Dios, don Arturo,
que si mi esposo saliera,
las costillas os rompiera
con un palo, de seguro.
Marchaos pronto de aquí;
me rodea la pobreza,
pero lo que es la bajeza
jamás yo la conocí.
Art.—¡Bella Elvira, por favor!
calmadme la pena mia;
ved que estoy en la agonía,
si no calmais mi furor.
Vuestro esposo indigno es
de poseer tal tesoro;
mirad, como un niño lloro...
postrándome á vuestros piés.

Arturo se arrodilla, y sale Juan con gorro de dormir.

Juan.—¡Vive Cristo, caballero!
¡guardais buena posicion!
No os arranco el corazon,

porque sois un majadero.
Salíos pronto de aquí;
empero os debo advertir
que, si volveis á subir,
no responderé de mí.
¿Creísteis, pobre señor,
que con vuestra bizarría,
Elvira olvidar podría
todo el valor del honor?...
Os habeis equivocado
en vuestra cuenta galana,
pues que vinisteis por lana
y á salir vais trasquilado.

Art.—¡Imbécil! Yo que creia
que Elvira seria mia! *Váse.*

Juan.—Elvira, un ángel divino
eres, no frágil mujer;
pero, me puedes creer,
ya jamás probaré el vino.
A quien así resistió
las ofertas como tú,
no merece, ¡por Jehú!
un borracho como yo.
Desde ahora mi corazon
tuyo enterito será.

Elv.—No se hable de esto ya:
cumplí con mi obligacion.
Los hombres son imperfectos
y las mujeres tambien:
dime, esposo mio, ¿quién
no tiene algunos defectos?
Olvidemos lo pasado,
pensando en el porvenir.

Juan.—Contigo quiero vivir,
bella Elvira, afortunado.

Elv.—Con cariño, con ternura
se corrigen los maridos;
vuelven luego arrepentidos
al seno de la hermosura.

Juan.—Adios vino, adios licor;
yo jamás os probaré:
así una prueba daré
á Elvira de tierno amor.

Los dos.

Sea español ó gabacho,
sea ruso ó portugués,
sepan todos que este es
el fin que tuvo El Borracho.

FIN.